



## LOS TOROS DE NOCHE.



NO los ví; solo recuerdo que el paternal Ayuntamiento aumentó á la luz eléctrica los reverberos de gas, en las principales calles, es decir, vistió á la ciudad de gala . . . el objeto era muy discutible.

Pero si no puedo hablar de los toros de noche, sí puedo copiar aquí una página selecta, debida á la brillante pluma de un escritor <sup>1</sup> que no por amigo mio, temo de calificar de brillante y admirable. Hé aquí esta página, que forma una notable excepcion en nuestra literatura periodística:

“Tendré la franqueza de confesarlo: fui á los toros. ¡Ya he escrito estas palabras y no las retiro! No quiero pasar por hipócrita: con insolencia, con absoluta desvergüenza, lo confieso: ¡fui á los toros!

<sup>1</sup> Manuel Gutierrez Nájera. (El Duque Job).

“Confesado el delito, expresaré las circunstancias atenuantes. La primera, consiste en que fui á los toros de noche. La noche, como han dicho muchos poetas, es la encubridora de los grandes crímenes: es el cielo embozado. La segunda, es que habia serias probabilidades de que el toro matara á algun torero. Se iba á la plaza con la esperanza de asistir á una revancha.....

“No se me oculta que al expresar estas ideas, me pongo en abierta pugna con la opinion pública. El Cuatro Dedos ó *Machio for ever* se oye en todas partes. La cuestion de los toros es hoy la cuestion de entidad, como dirian nuestros viejos maestros de filosofía. En este primer año del pontificado de Porfirio Parra, á quien declaró infalible mi inteligente amigo Manuel Flores, la tauromaquia es la suprema ciencia, y los toreros son los candidatos populares.

“La conciencia, sin embargo, nos obliga á protestar contra el entusiasmo del vulgo, desdeñando las iras de la opinion pública. Al fin y al cabo, la opinion pública no es más que la gran subvencionada por la ignorancia. La opinion pública, se ha opuesto á todos los progresos. La opinion pública, estuvo contra Sócrates, contra Galileo, contra Colon. La opinion pública, es una mujer pública.

“Todos los adelantos sociales se deben á las minorías. Afiliémonos en ellas para combatir el salvajismo de las lides de toros. Este salvajismo se manifiesta ya en diversas esferas concéntricas. La brutalidad del espectáculo es fecunda y engendra otras brutalidades. Tenemos, por ejemplo, la literatura tauromáquica que cuenta con seis órganos especiales en la prensa, y que se cuele en las columnas de los diarios serios, como un ébrio de mala traza entrometido en un grupo de personas decentes. Esta literatura tiene un idioma propio, un idioma que embiste á los demás idiomas y clava banderillas en todas las gramáticas. Cada una de sus palabras suena á terno

de taberna. Para hablarlo bien, hay que vestir la chaquetilla del majo, beber manzanilla y desdoblar la navaja. El castellano ha protestado contra los toros, negándose á servirles de idioma oficial. Fué preciso que el torero condimentara una lengua peculiar suya, con chorizos de Estremadura y dientes de ajo.

“El castellano es orgulloso. Recuerda que Carlos V dijo que era el idioma propio para hablar con Dios, y ántes que consentir en verse degradado, se refugia en el ruinoso torreón de su dominio señorial, y allí agoniza, en el sillón de viejo cuero cordobés, recordando sus glorias pasadas. El castellano es un idioma infeliz. Fué rico y conquistador. Pero enterró sus tesoros, y las monedas, que hoy extraemos de entre las piedras y la arena, son monedas de museo que no circulan. No cultivamos sus heredades, y hoy el diccionario está lleno de terrenos baldíos. Casi podría decirse que es un idioma empajado.



“Léanse las obras arcaicas y mohosas de los académicos: en ellas no hay frases, sino pájaros disecados. Todo eso *sent le renfermé*, huele á humedad. Fué el habla castellana, espada formidable en manos de Cervantes: los vástagos canijos de aquellos hombres del siglo de oro, la conservan como arma de panoplia, pero ya no pueden esgrimirla. En la lucha moderna, se combate con el florete frances ó con el revólver de Inglaterra.

“El castellano, sin embargo, ha guardado su altivez. Hablaba en justas y los torneos caballerescos, pero no baja á los redondeles

de las plazas de toros á recibir naranjazos. Y con esta abstencion, desmiente á los que tienen esas lides por el verdadero espectáculo nacional en España.

“Las corridas de toros no tuvieron auge en la península ibérica, sino en la época de su decadencia, cuando la gobernaba un pobre hombre como Carlos IV ó un majo como Fernando VII. La chaquetilla afeminada sustituye á la armadura varonil; la navaja, á la lanza. Todo en esa época tiene cierto sello femenino. La poesía hace bordados de chaquira, y en vez de cantar proezas de conquistadores, canta en deslabazadas anacreónticas las gracias del faldero de Amarilis, ó los currucos de la tórtola de Lésbia. Se necesitó la invasion para que despertara la epopeya.

“No hay, en verdad, nada caballeresco en estas lides de toros. Afrontar con entereza el riesgo de la muerte, no es virtud única de gentiles-hombres, sino tambien de acróbatas y saltimbancos. Y hasta hoy no ha parecido épico á ninguno, el gimnasta que se columpia en un trapecio. Entre el acróbata y el torero, estoy resueltamente por el acróbata. Ambos exponen su vida igualmente; pero éste mata y aquel no. El valor como desprecio de la vida, es una simple manifestacion de la ignorancia. Es la brutalidad embravecida. O no llamemos valor al del primer espada que se arroja á los cuernos de la bestia, ó busquemos otro vocablo para aplicarlo al bombero, que trepa por escala vacilante al primer piso de una casa. Cuando se llama valiente á Daöiz y á Lagartijo, se insulta á alguién.

\*  
\* \*

“Las corridas de toros nocturnas nos ahorran, en parte cuando ménos, el espectáculo de la sangre derramada. Intentaré describir brevemente la lid que presencié el juéves. El verdadero cuadro pin-

toresco, más que en la plaza, estaba en la avenida de la Reforma. Como invasion de grandes luciérnagas, brillaban los faroles de innumerables coches, convirtiendo por un momento la calzada en bullicioso boulevard, pero boulevard sin casas, sin cafés y oscuro. Las lumbreras y los tendidos de la plaza rebozaban gente. La parte del sol—el sol nocturno, el sol de Justo Sierra,—parecia cubierta por una ola humana. De esa ola salian clamores de océano, cinco mil gritos que se magullaban en el aire. Todo otro ruido cae atropellado por ese ejército de vociferaciones dispersas, por esa carga á bayoneta de juramentos y de votos. La individualidad de la palabra se pierde en la gran masa sonora. Puede decirse que no se oyen voces sino un remolino de gritos. Nada se distingue aisladamente en esta polvareda de palabras. Unos ladran, otros maullan, mujen, balan, aullan, cacarean, silban y graznan.

“De pronto la plaza quedó á oscuras. La luz quiso irse y en la oscuridad se encendieron de pronto, como alfileres rojos, como bacterias de llama, como pupilas de duendes, millares de cerillos. La plaza toda parecia un rueda de carton quemado, en cuya circunferencia corrian y se apagaban y encendíanse de nuevo infinitas lucecitas.

“La luz, como hija de Edison, quiso irse para no ver el espectáculo sangriento; mas la atraparon los gendarmes por el cuello y la llevaron á la plaza, y la pusieron presa en las bombas de los focos eléctricos. Allí se revolvía furiosa, sin poder salir. Estaba pálida; alumbraba de mala gana. En uno de los extremos ardía la roja luz de bengala, que parece la sangre de la luz, y era propia esa claridad de saturnales, de brujerías, de aquelarre para iluminar el rondel. Esta mezcla disparatada de luces, los ocho focos eléctricos, verdes de ira, y los dos hachones de bengala, no eran bastantes á poner en fuga la sombra, que insistía en quedarse. Todo se veía como

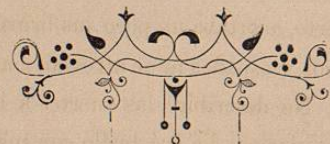
á través de un vidrio opaco. La plaza se habia puesto su mantilla blanca de neblina.

“Tan imposible como individualizar las voces era personalizar á los concurrentes. Habia en las lumbreras multitud de señoras, pero todas se mezclaban y confundian como cuentas de rosario. Entre las capas densas de vestidos oscuros aparecian en las gradas algunos tocados de mujer: una rosa escarlata prendida entre rizos negros, ó una camelia blanca sobre cabellos de color castaño. Allí estaba la *femelle* del torero; la “chula” de Triana. No se veia más que al vecino, al contiguo. Junto á mí fumaba una mujer de esas á quienes no se pregunta el nombre, sino el número. Algunos mozos con bandejas cubiertas de botellas de cerveza circulaban en la gradería.

“El primer toro lidió casi á oscuras. Los toreros parecian muñecos de plomo ó sombras enanas proyectadas por la luz de una linterna mágica. Sus vistosos trages no lucian, porque sus colores y lentejuelas y bordados, necesitan que la luz del sol los realce. El temor, justo por cierto, acertaba un poco sus bríos. Bravos eran los toros, y banderilleros y espadas no se atrevian á acometerles en esa penumbra plomiza. No describiré las suertes y lances de la lidia, porque no pude apreciarlos. La luz brilló con más intensidad desde que saltó á la arena el segundo toro; pero, de todos modos, no era suficiente para distinguir netamente los golpes y detalles. Por allí un picador cae derrengado y salva el cuerpo entregando su caballo, en cuyo vientre hunde el toro los cuernos; por allá un ágil capeador agita su manta roja y salta como si tuviera alas en los talones; aquí el banderillero esbelto clava gallardamente los agudos rejonos de sus banderillas en el lomo del toro, que furioso se sacude; allá el primer espada espera impasible entre los gritos de la muchedumbre que vocifera.

“Hubo en cierto instante un delicioso efecto pintoresco. Quería la multitud que se expulsara del redondel un toro de buen alma y mejor prudencia, que se negaba á acometer, y para pedirlo, entre atronante gritería, las manos agitaban en el aire más de seis mil pañuelos blancos. Parecía que una bandada compacta de innumerables palomas aleteaba al rededor de la plaza pidiendo perdon y gracia para el toro.”

¿Verdad que prescindiendo de la ironía el estilo es admirable?— Apelo á los taurófilos de gusto literario, que los hay y en gran número.





## 5 DE MAYO

---



No tendríamos sino coronas para nuestros muertos y bendiciones para nuestros héroes en este día, si dos circunstancias muy especiales no nos obligasen á tratar bajo un punto de vista nuevo la conmemoracion de una de nuestras más legítimas glorias.

Son estas circunstancias las frases cordiales y cariñosas del discurso pronunciado por el señor Ministro de Francia al presentar sus credenciales, y alguna engañada interpretación que los órganos de la colonia francesa han querido dar á la solemnidad de este día.

En la memoria de todos están aquellas angustiosas horas de 1862. La Francia sola, la nacion hasta entónces más querida entre nosotros, tomaba sobre sí la inaudita empresa de subyugarnos. Inglaterra se habia retirado, y el Gral. Prim, con una prudencia superior á sus méritos de esforzado héroe, habia reconciliado en un mo-

mento á españoles y mexicanos, y habia provocado una reaccion de cariño hácia la que fué nuestra madre y nuestra civilizadora.

El ejército mexicano de entónces, aguerrido, hecho á las privaciones, pero mal trecho, mal armado y hambriento, tenia enfrente á un enemigo que marchaba tras la estela de la victoria. La catástrofe de Chalchicomula lo habia anonadado; la fé violada por los plenipotenciarios imperiales habia roto el pacto de la Soledad y le habia robado sus mejores posiciones estratégicas.

Un general en jefe, cuyo nombre no queremos mentar en un dia de gloria, habia expresado la opinion de que sus soldados no se podian medir con los soldados vencedores en Crimea y en Italia.

Y entónces Juárez llamó al Gral. Zaragoza y le preguntó su opinion:

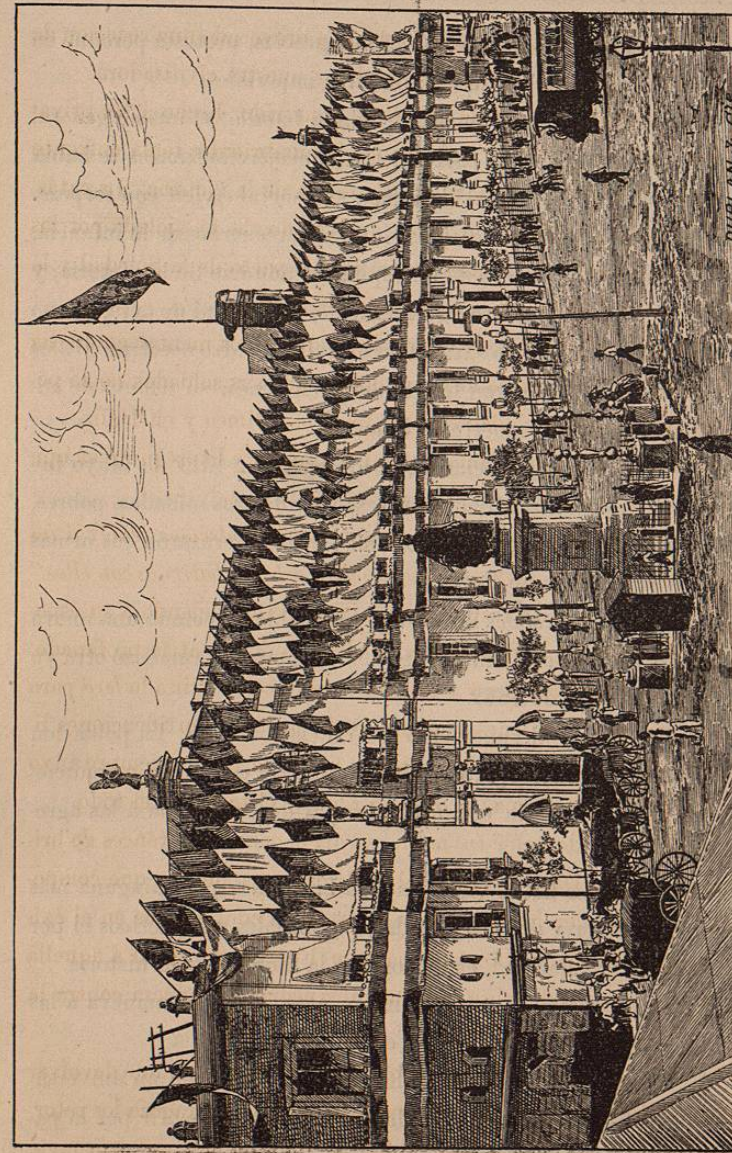
*“Yo no sé, le contestó el jóven general, si podremos vencer á los franceses; lo único que creo es que nuestro deber es batirnos con ellos.”*

Y despues de esta respuesta espartana, salió, dejando á su esposa moribunda, para ir á defender el suelo de la patria profanado.

Cuando Zaragoza llegó á Puebla tuvo que recurrir á la *leva* para completar sus batallones, en una noche levantar fortificaciones ligeras á la vista del enemigo mismo, y, con la fé que siempre tuvo el héroe de la Reforma, se dispuso á jugar el todo por el todo.

¡Qué rasgos de valor tuvieron ese dia el general, entónces de brigada, Porfirio Díaz, Berriozábal y Negrete. y todos los que componian nuestro ejército de Oriente! ¡Están ya consagrados en el éxito de una batalla, cuya resonancia en Europa fué igual á aquella que ganó Garibaldi sobre la primera expedicion francesa contra la República romana en 1848!

Y tras la victoria vino la magnanimidad. Juárez mandó devolver sus condecoraciones á los prisioneros franceses. Zaragoza los retorrió al campo enemigo en plena libertad, y los heridos que permane-



cieron en Puebla le dieron un voto de gracias, protesta perenne en contra de las diatribas de los ministros imperiales.

No descenderemos á los detalles de la batalla; el mismo general mexicano confesó en su parte oficial que el ejército frances se habia portado con su proverbial bizarría, y su general en jefe con torpeza.

Aun recordamos á la cariñosa luz de los recuerdos de la infancia, el delirio que se apoderó de la Capital al anuncio de la victoria; y enmedio de aquella fiebre de entusiasmo, no hubo ni un acto, ni una palabra de odio contra los franceses que vivian entre nosotros. ¡Ellos lo saben bien, que fueron los primeros en rendir su tributo de admiracion cuando la muerte de Juarez!

Los detalles, como deciamos, poco importan. El 5 de Mayo fué nuestro *Valmy*. Resistimos al invasor, y nuestros soldados, pobres, harapientos, escasos en número, mal armados, cruzaron sus armas con los vencedores de Europa.

Goethe decia despucs de *Valmy*, que habia empezado una nueva era para el mundo. Para el continente americano comenzó otra vida el 5 de Mayo de 1862.

¿Hubo ántes y despues odio á Francia?—Nunca. La poblacion mexicana no ha celebrado jamás esa victoria con un odio tradicional de raza; lo celebra como un ejemplo de resistencia á las agresiones.

Pudo despues haber victorias más brillantes, pero ninguna más popular; y querer discutir con datos materiales y numéricos el por qué de esa popularidad, es desconocer la filosofía de la historia.

Para que una fiesta sea nacional se necesita que conmueva á las masas, que evoque un recuerdo en todos los cerebros.

Madrid el 2 de Mayo canta himnos de triunfo, en un aniversario que debia ser luctuoso, y Madrid tiene razon: morir por la patria no es morir, es alcanzar la vida de la inmortalidad.

Nosotros mismos celebramos nuestros desastres, nuestras angustias: Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec fueron derrotas y las cantamos como triunfos, porque allí se puso de relieve nuestro heroismo, porque el deber de un pueblo no es vencer, sino morir cuando no puede ser independiente.

La razon que asistia á México en aquella demanda desigual, está consignada en los discursos de Thiers, de Jules Favre, en los alegatos de aquel tribuno inmortal que escogió como ejemplo, cuando su patria peligraba, la inmortal leyenda de Juarez; de aquel cuyo nombre es símbolo del más acendrado y vehemente patriotismo: de GAMBETTA.

Aunque olvidásemos nuestra historia, siempre la recordarian al mundo los ecos de la tribuna francesa.

